

LOS FORJADORES DE LA ANTROPOLOGÍA EN MURCIA. ANDRÉS BLANCO Y GARCÍA (1849-1916)

José A. Molina Gómez

ABSTRACT:

Aim of this paper is to point out life and works of Andrés Blanco y García, who was a journalist and a writer from Murcia. His articles and books have many important informations and testimonies about everyday life in the Region of Murcia at the end of 19th century (dialects, customs and so on). He is one of the first regionalist writers in Murcia.

SUMARIO:

El propósito de este artículo es analizar la vida y obra de Andrés Blanco y García, que fue periodista y escritor murciano. En sus artículos y libros encontramos numerosos testimonios e informaciones sobre la vida cotidiana de los habitantes de la región de Murcia a finales del siglo XIX (costumbres, dialectología, etc.). Es además uno de los primeros escritores regionalistas en Murcia.

La razón y la experiencia enseñan que para formar cabal concepto de una pequeña comarca y poderla describir tal como es, desde el aspecto material y moral, es necesario estar familiarizado con la lengua, pasar allí larga temporada, abundar de relaciones, estar en trato continuo, sin cansarse de preguntar y observar.

Jaime Balmes, *El Criterio*.

En este volumen recordamos en un merecido homenaje la aportación a la antropología murciana de uno de sus principales autores, el profesor Francisco J. Flores Arroyuelo. La sección permanente de esta revista, *los forjadores de la antropología en Murcia*, quiere salir de sus estrechos límites habituales y de alguna manera amoldarse al carácter de este número monográfico, pues con la elección de la figura de don Andrés Blanco sentimos que también presentamos armas a la figura de este antropólogo y hombre de letras que es el profesor Flores Arroyuelo. No es ocioso, por tanto, traer entre los estudios ofrecidos en este homenaje la semblanza de Andrés Blanco y García, escritor y etnógrafo, como nuestro homenajeado. Durante los últimos años hemos revisado la vida y obra de precursores y forjadores de la antropología en Murcia, que eran a la vez hombres de letras, escritores, periodistas, familiarizados hasta el extremo con la realidad de una Murcia que despertaba a la modernidad. Los autores hasta ahora reseñados pertenecen a una tradición humanista, de la que Francisco J. Flores es uno de sus últimos y más significativos exponentes en Murcia y que encajan muy bien con declaración del gran filósofo español Jaime Balmes con la que hemos encabezado estas líneas.

1. VIDA, OBRA Y ENTORNO DE UN ESCRITOR MURCIANO ENTRE DOS SIGLOS

Andrés Blanco y García nació en Murcia en 1849 y murió en la misma ciudad en 1916¹. Como tantos otros antes que él, comenzó a estudiar en el Seminario de San Fulgencio (hasta su clausura con motivo de la revolución de 1868). Después estudió Derecho además de Filosofía y Letras. Con excepción del tiempo que dedicó a sus estudios superiores, siempre permaneció en Murcia. También quiso probar sus opciones en la prensa local siguiendo la estela de otros escritores y fundó *El Murciano*, periódico que sin embargo no llegó a durar un año. Por su formación, por su actividad literaria y periodística, por su amor a lo local y al pintoresquismo literario, encajó perfectamente en la generación de los escritores costumbristas, investigadores eruditos y localistas murcianos, como Rodolfo Carles, José Martínez Tornel, Díaz Cassou y José Pío Tejera entre otros, autores con los que Andrés Blanco compartía las mismas opiniones en torno a la misión del periodismo, la historia y la literatura en la difusión y defensa de los valores locales². El costumbrismo mu-

1 Alemán Sainz, F., *Diccionario incompleto de la Región de Murcia*, Murcia 1984, 36; Díez de Revenga, F., & De Paco, M., *Historia de la literatura murciana*, Murcia 1988, 282-283; Díez de Revenga, F., "Blanco García, A.", *Gran Enciclopedia de la Región de Murcia II*, Murcia 1992, 194-195.

2 Para estos autores y su tiempo es útil García Soriano, J., "Anales de la Imprenta de Murcia. Siglo XIX (segunda mitad)", addenda a Tejera, J. P., *La Biblioteca del Murciano II*, Madrid 1924, 667 y ss.; además Ibáñez García, J. M^a, *Serie Cronológica de la Prensa Periódica en Murcia. fichas para una futura Hemeroteca*, Murcia 1931, 162-168; Alemán Sainz, F., *Gálvez, Tornel, Maestre: tres vidas del siglo XIX*, Murcia 1950; Alemán Sainz, F., & Díez de Revenga, F. J., "Literatura", en Chacón Jiménez, F., (dtr.) *Historia de la Región Murciana VIII*, Murcia 1980, 253-254; Sánchez Martínez, M., "Romanticismo, costumbrismo y folk-lore en Murcia a fines del siglo XIX", en *Revista Murciana de Antropología* 13, 2006, 389-411.

chas veces ingenuo y condescendiente de estos escritores, presentando al murciano como una especie de buen salvaje, hizo no obstante una aportación positiva porque supuso también una gran labor de recogida de informaciones etnográficas y dialectológicas, que de otro modo se hubieran perdido. Estos escritores y periodistas a caballo entre los siglos XIX y XX se empeñaron en retratar lo murciano, sabiendo que hablaban de un mundo que comenzaba a desaparecer, y cuyas virtudes (que sin duda estos intelectuales de ciudad idealizaban) merecía la pena preservar. En medio de este gran esfuerzo surgieron las figuras literarias mencionadas, como el propio Blanco y García, que legaron a la posteridad los tan queridos cuadros de costumbres murcianas, hoy día fuente importante y valiosa para la investigación antropológica en Murcia.

La obra de Andrés Blanco y García fue muy variada, como resultaba habitual en su época. En ella encontramos trabajos dedicados al puro arte, al ensayo, a la poesía o a la religión como sus *Composiciones literarias premiadas* de 1884, *Flores Murcianas* de 1898 (donde además reunió poesías de otros autores), *Notas discordantes* también de 1898, o *El triunfo del Ave María*, de 1902. Pero la dimensión que más interés despierta para nuestras intenciones es la de escritor costumbrista. Como novelista se hizo un nombre en Murcia, su *Infortunio* recibió los elogios en la prensa por parte de Pío Tejera³. La veracidad etnográfica y lingüística en *Huertanos y franceses* de 1902 o *El tesoro de la Reina* de 1903 es sorprendente. La fidelidad con que se describen situaciones, fiestas y hábitat delata la gran capacidad de observación del autor. Pero precisamente la obra más importante desde un punto de vista etnográfico, y sobre la que debemos detenernos, data de 1893 y se titula *Escenas murcianas*⁴. Consideramos esta obra de un interés añadido por cuanto que no sólo recrea los ambientes tradicionales murcianos (y posiblemente es la mejor obra de Andrés Blanco), sino porque además desarrolla una teoría del costumbrismo en lo literario y del regionalismo en lo político que resulta de gran interés siquiera sea como puro testimonio, lo cual no es poco.

2. MATERIALES ETNOGRÁFICOS EN LAS ESCENAS MURCIANAS

Si Rodolfo Carles cultivó los *tipos* murcianos, o dicho más correctamente, las *fisionomías*⁵, Blanco y García desarrolló el *cuadro* o instantánea de la vida del pueblo, en la que el escritor se presenta como un observador privilegiado mostrando una estampa típica con apenas diálogos y muchas pinceladas descriptivas. Las *Es-*

3 Molina Gómez, J. A., “Los forjadores de la Antropología murciana. José Pío Tejera (1846-1902)”, *Revista Murciana de Antropología* 3, 1996, 341-368.

4 *Escenas Murcianas. Apuntes para cuadros, costumbres y tipos de Murcia y de su huerta y campo*, Murcia 1894 (2ed.), Tip. de Rafael Albaladejo Bugarolas, Fernandez Caballero 5.

5 Molina Gómez, J. A., “Los forjadores de la Antropología murciana. Rodolfo Carles (1850-1910)”, *Revista Murciana de Antropología* 10, 2004, 361-268.

cenas no carecen de temas recurrentes en la literatura murciana de la época, como la mención a la elevada mortalidad infantil como su estampa del luto murciano en *Angelicos al cielo*, (p. 35 y ss). El luto por la muerte del niño también mereció la atención de José Martínez Tornel⁶. La fatalidad, el peso de la existencia y la miseria son verdaderos lugares comunes en la literatura regional murciana hasta Vicente Medina. La descripción de Blanco y García es detallada: la posición del ataúd, la disposición de las flores y el número de velas, todo es rigurosamente consignado, así como la hora de llegada de las visitas para ofrecer el pésame y la forma de dirigirse a la familia del niño muerto, así como la presencia de la música con los cuadrilleros como parte final del luto.

El gusano de la seda (81 y ss.) enumera los trabajos de la seda y sus esfuerzos, tema que también llevó Martínez Tornel hasta el final en su vertiente dialectológica⁷. Intenta hacer crítica política con *Lamentos y naranja* (53 y ss.) contra movimientos agitadores del campo, presumiblemente socialistas o anarquistas. Aquí elige Blanco y García un interlocutor ficticio que reúna la quintaesencia de lo murciano, al que hace proferir lamentos políticos contra el centralismo madrileño y contra los predicadores de nuevas y peligrosas ideas (como la mención a unos alborotadores, “señoritos” venidos –escribe– “a predicar por los ventorrillos diciendo que no había Dios y que los curas eran unos tunantes”, p.56). Es evidente que aquí el rústico interlocutor refrenda en lenguaje de la huerta las opiniones del autor.

Pero donde nuestro escritor brillaba con luz propia era en la palpitante descripción de fiestas, así por ejemplo describió la procesión de la Fuensanta, el Entierro de la Sardina o el día de la Mona. En todas ellas destaca el etnógrafo, como en la narración del día de San Cayetano (133 y ss.), con el protagonismo de la música de guitarras, bandurrias y violines, o el lanzamiento de “almendras, avellanas y cascaruja” pidiendo al santo “que tengamos buenas cosechas el año que viene”. Todo esto refleja un ambiente religioso en donde San Cayetano es casi una divinidad de la cosecha.

Particularmente interesante, por sus evocaciones casi paganas, resulta la descripción de *La Noche de San Juan*, p.107 y ss. La escena comienza con unas breves menciones, tópicas, al mal gobierno y al pago del rento; después estas preocupaciones mundanas desaparecían, para dejar paso a la preparación de la fiesta, que era esencialmente religiosa, donde el contacto con la naturaleza y la presencia de lo misterioso resultaban inseparables. Se describen los conocidos saltos sobre la hoguera de San Juan y a continuación se mencionan tanto la búsqueda de oráculos a partir de la observación de la naturaleza como la creencia en los poderes curativos de plantas du-

6 Vid. sus *Varios Romances Murcianos*, Murcia 1878; sobre este autor, v. Molina Gómez, J. A., “Los forjadores de la Antropología en Murcia. José Martínez Tornel (1845-1916)”, *Revista Murciana de Antropología* 11, 2004, 327-345.

7 Martínez Tornel, J., “El busano de la sea”, en sus *Romances populares murcianos*, Murcia 1917.

rante la noche señalada. El fin de la fiesta, al doblar las campanas de medianoche, se describe como un griterío enorme con muestras de alegría y júbilo desbordante que se desatan a rienda suelta entre los jóvenes de ambos sexos, p.116 y ss:

“Inclinábanse unas sobre las flores a medio abrir, en espera de sorprender secretos misteriosos acerca de amores desgraciados o felices. Otras deseaban adivinar la suerte de determinadas personas en los movimientos de las hierbas o en los crujidos de las ramas de los granados y limoneros. Algunas habían preparado huevos del día para abrirlos sobre vasos de agua fresca, donde había de tomar la forma de un barco o cualquier otra, según indicaran cosas agradables o tristes.

Por último, algún grupo de hombres y mujeres buscaban higueras negras para hacer pasar por debajo de sus ramas niños lesionados, en la seguridad de próxima y casi instantánea curación. (...)

La mayor parte de los rostros expresaban alegría y los mozos atraídos por el griterío, se aproximaron a las mujeres, dejando abandonada la hoguera que ya comenzaba a extinguirse. Así transcurrió como una media hora, tiempo suficiente para que se explicaran las adivinanzas de unos y de otros y se prepararan todos a retirarse a sus hogares, no sin que el griterío de las mujeres y los aullidos de los alegres mozos sonaran como una discordante música que repetía el eco por todas partes y que iban desvaneciéndose a medida que los disueltos grupos alargaban las distancias, alejándose por las múltiples sendas que se perdían entre la profusa vegetación”.

3. REGIONALISMO, COSTUMBRE, TRADICIÓN Y PATRIA. EL TESTIMONIO DE BLANCO Y GARCÍA

Si buscamos un testimonio de las opiniones personales del autor, no encontraremos otro mejor sino el que él mismo ofreció en sus *Escenas*. En el prólogo que dirige al lector dice (p.VII en adelante):

“El regionalismo es una idea eminentemente patriótica que rápidamente va propagándose por España.

El espíritu de independencia que sienten los individuos de esta desgraciada nación, se ha transmitido al municipio y a la provincia, deseosos de una autonomía que, sin romper la unidad de la patria, los emancipe de los sistemas centralizadores que son un absolutismo disfrazado con el nombre de libertad.

Con efecto, nada más justo que la relativa independencia de las regiones, para no sucumbir ante la absorbente y escandalosa oligarquía que ha ve-

nido a resucitar todos los defectos del feudalismo, pero sin hacer revivir ninguna de las buenas cualidades que también tuvo aquella forma de gobierno. España es hoy como el siervo de la gleba, postrada ante los pies del Madrid oficial de donde a cada momento salen órdenes y leyes que no tienen otro objeto que explotar al ciudadano, a quien, por otra parte se le ha logrado entretener con mezquindades políticas, para apartare del recto camino que conduce a la práctica de lo bueno y de lo justo.

Por cada dedo de libertad (y séame permitida la figura) que se le ha otorgado al pueblo, libertad que a veces no entiende ni aprecia y que siempre sirve para facilitar la ambición y el egoísmo de unos cuantos farsantes, han crecido por kilómetros los tributos, gracias a las draconianas disposiciones del cesarismo madrileño.

Las clases productoras ya no pueden sobrellevar el peso de tantas y tan elevas contribuciones, y los pequeños propietarios arrastran una vida angustiosa y triste, mil veces peor que la del pobre jornalero que riega con el sudor de su frente el mezquino pedazo de pan que a su boca se lleva.

Tal estado de cosas ha traído la necesidad de pensar formalmente en el fomento de la agricultura, de la industria y del comercio, que son las fuentes de toda riqueza pública. Mas para llevar a cabo pensamiento tan patriótico, no hay otro medio que el del regionalismo que multiplica las fuerzas generales de la nación a la vez que aumenta las particulares y que, dando un golpe de muerte al politiquismo miserable y vil, lleva a la verdadera política, o sea a la ciencia del gobierno, auxiliares poderosos para desarrollarse y hacer de una manada de esclavos un pueblo de hombres libres, porque sólo con la moralidad, la independencia y la justicia es como puede volver la patria a ser feliz esplendorosa.

A fin de que el regionalismo sea viable y se desenvuelvan todas las fuerzas que conduzcan a su desarrollo, es preciso que los pueblos se conozcan previamente, y de este modo, apreciando en toda su integridad su propio valor, podrán algún día exigir, aunque sea con violencia, lo que no se les dé de grado, a pesar de los indisputables derechos que a las regiones asisten para oponerse a la inmoral y avasalladora centralización. Todos los medios que conduzcan a ese fin, cuando no se aparten de la justicia, deben aceptarse. Los medios más eficaces para la propagación de la idea son las discusiones, el periódico y el libro; pues cuando los pensamientos arraigan en la inteligencia y los sentimientos en el corazón, esto es, cuando las colectividades llegan a pensar y sentir del mismo modo, queda, por lo menos, hecha la mitad de la obra. Luego, una circunstancia cualquiera, una accidente imprevisto, una iniciativa oportuna, determina el acto que ha de realizar la noble aspiración de los que están hartos de sufrir el yugo del degradante despotismo.

Las artes, a la vez, deben desenvolver su mágica influencia, y mientras la pintura tienda a perpetuar en tablas y lienzos los tipos, las escenas y los paisajes que afecten a una determinada región, la literatura, propendiendo a no incurrir en vulgaridades y bajezas pedestres, debe inmortalizar lo que no esté dentro de la esfera de acción de la pintura, para mantener vivo el sentimiento local y hacer que se conserve incólume a través de los vaivenes y de las vicisitudes sociales.

Este y no otro es el pensamiento del presente libro.

Bien quisiera yo en este momento que mi pluma estuviera mejor cortada y mi imaginación fuera lo bastante esplendorosa y fecunda, para realizar por completo el pensamiento que me anima en la parte insignificante de mi cometido, no por la noble ambición de ser y de valer, ya que el artista trabaja sólo por la gloria, sino por llevar un mediano contingente a la obra civilizadora del regionalismo murciano; pero comprendo que este pobre libro, nacido entre mil dificultades y desarrollado entre vicisitudes que no son para dichas, carece de mérito suficiente para rebasar los límites de un laudable esfuerzo, si es que en absoluto no carece de importancia por la deficiencia de mis aptitudes.

He intentado armonizarla realidad con la fantasía, para dar interés a escenas puramente murcianas; pero ignoro si habré conseguido mi pretensión, y hasta dudo si habré acertado a escoger asuntos que hagan fijar en ellos por un momento la atención de mis queridos paisanos.

Uno de los escollos donde forzosamente tropiezo, es el que surge de las comparaciones, y en ellas seguramente he de llevar la peor parte, porque la literatura regional de otros países se halla hoy a una envidiable altura, gracias a los esfuerzos continuados de literatos eminentes. Cataluña, que dio el primer ejemplo y que fue la que con lo que alguien calificó de exagerado egoísmo impulsó la propagación de las ideas redentoras de la independencia regional, puede presentar obras de importancia suma y una pléyade de poetas y prosistas que son gloria y orgullo de aquella civilizada región. No han faltado tampoco escritores de alto vuelo en Valencia, Galicia y Andalucía; pero donde esa clase de literatura ha tocado en la cumbre de su desarrollo es en Santander, donde el gran Pereda, con una pluma inimitable, ha pintado las costumbres de la montaña, de la manera más galana y hermosa que hasta ahora puede verse en libro alguno.

Yo no conozco escritor que sobrepuje y aun iguale a Pereda en esplendor y colorido. El regionalismo tiene con tal escritor un baluarte de primer orden y la literatura de aquel país cuenta con personalidad propia y queda asegurada para siempre.

En Murcia tampoco han faltado conatos de regionalismo literario. Aparte de lo que se ha venido escribiendo desde comienzos del presente siglo,

y aparte también de tal o cual artículo del incomparable Selgas, algo puede mostrarse al mundo de la literatura den los sentidos romances de Martínez Tornel, en los artículos y esbozos de Rodolfo Carles, en los trabajos de Pío Tejera y en algunas brillantes poesías de Sánchez Madrigalo. Sin embargo, las magníficas muestras de esos escritores y de algunos otros no menos dignos, como el reputado literato Andrés Baquero, el entusiasta de las murcianas glorias Díaz Cassou y el ilustrado Joaquín Báguena, pueden considerarse como esfuerzos aislados, siendo verdaderamente lamentable que plumas tan aptas, que hubieran podido sin gran esfuerzo allanar, al menos, el camino para los que quisieran recorrerlo después, o quizá fijar los lindes de la literatura murciana, no se hayan atrevido a continuar sus tareas, acaso por creer equivocadamente que el género local no tiene aún la importancia debida, o acaso también porque el escritor murciano no puede, hoy por hoy, dedicarse de lleno a las letras, en la necesidad de atender a tareas y obligaciones de otra índole, que son las que producen para levantar las pesadas cargas de la vida.

Respetando estas últimas razones u otras análogas que justifiquen la conducta de tan competentes escritores, creo que el género local ofrece bastante campo a la imaginación del novelista y del poeta. La misma ventaja que el regionalismo político y administrativo lleva al centralismo absorbente y gastado, tiene la literatura regional sobre la que a todo pasto nos dan la mayor parte de los escritores de la villa centralizadora con sus cesantes, viudas, chulos, casas de huéspedes, busconas y otros asuntos tan manoseados, o ridiculizando a los hijos de las provincias con escenas grotescas o bufonadas del peor gusto.

En las regiones encuéntrase algo más de originalidad y de verdadera novedad, como tradiciones, costumbres, historias, tipos y otras cosas que, con respecto a las letras se hallan en un estado que casi puede llamarse virgen. Andalucía, Murcia, Valencia, Cataluña, Castilla Galicia y las costas de Cantábrico, en nada se parecen. Ni el clima, ni el acento, ni el origen, ni el modo de ser de sus habitantes tienen nada de común. ¿A qué no se presta todo eso, cuando brota un genio como Pereda, que, amante de su país, sabe dar a conocer los ricos tesoros antes ignorados para la literatura, excitando por todas partes el entusiasmo y la admiración?

La región murciana no tiene que envidiar a ninguna otra nada de cuanto se roce con la hermosura material ni con las condiciones estéticas para el desarrollo del arte. Paisajes vistosos, montañas agrestes, huertas deliciosas, costumbres sencillas y originales, mujeres de belleza y gracia proverbial, y un cielo puro y clarísimo que esmalta un sol de fuego, todo eso se ofrece a los ojos del artista en maravilloso conjunto. Hasta el lenguaje huertano y el que se habla en algunos pueblos y vegas, lenguaje

lleno de giros arcaicos, de palabras incompletas de voces incultas y de expresiones no oídas en otro punto, no está exento de galanura y encanto y tiene por eso mismo su nota de originalidad y de peculiar atractivo...”

La literatura, y en general el arte, deben estar según la concepción de Andrés Blanco, al servicio de una idea política regionalista y descentralizadora. El artista se pone al servicio del pueblo pintándolo en su trabajo, describiéndolo en cada una de sus acciones. El costumbrismo literario defendido por Andrés Blanco es esencialmente militante, de ahí sus reproches a los otros escritores murcianos, a los que en el fondo parece recriminarles, no ya escasez de talento, sino tibieza en el contenido. No puede dejar de verse una idealización rousseauiana del campo, mientras que los tipos urbanos, sobre todo madrileños, mostrarían individuos degradados (“chulos” o “busconas”, llega a decir), en las regiones todavía se encuentra “lo virgen”, (un contemporáneo nuestro hubiera escrito aquí “lo auténtico”). En definitiva, se trata de defender todo aquello que ni la avaricia, ni la política, ni vida ciudadana, ni las tentaciones de la modernidad habían logrado contaminar aún.

El universo literario costumbrista con intenciones de realismo por el que se mueve nuestro autor, mencionado por él mismo, le ofrece una referencia constante y se une a la corriente general, europea y española, de entender la novela como narración y descripción de la vida (y que dio resultados, estilos y autores muy distintos). Pero Andrés Blanco ni pudo ni quiso hacer intrahistoria, finalmente en su obra hay un triunfo de lo supraindividual, de las grandes entidades colectivas, el pueblo, la región y finalmente, como suma y unión, la patria común: España. Su ideal patriótico y su personal idea del papel de la variada tradición regional en la configuración de los pueblos de España, país entendido como una especie de crisol unificador de tradiciones, quedan consignadas al final de la obra, 242 y ss:

“Suprimida la tradición, desaparecería hasta la idea de la patria, y en vano se pretendería inflamar nuestro pecho, a la voz santa del deber, en momentos angustiosos de verdadero carácter nacional, porque nada arrancaríamos un latido del corazón apagado donde sólo palparíamos afectos materiales, como eco de pasiones rastreras, aglomeradas por el más desconsolador escepticismo.

Alteradas y confundidas las costumbres propias y típicas de un país, la historia local se borraría como por encanto, y el amor al suelo nativo correría el riesgo de trocarse en la más punible indiferencia y a la manera que la planta desarraigada se mustia y muere, el individuo, separado de aquello que esta más conforme con su modo de ser, perdería en absoluto su personalidad, para quedar absorbido en el montón anónimo de una masa sin conciencia.

Yo he tenido la pretensión, tal vez censurable por tratarse de mi pluma,

de conservar en este libro algo de esas costumbres, en el buen deseo de coadyuvar con mis pobres fuerzas a la detención de la formidable y perturbadora corriente de innovaciones a que antes me he referido, aspirando leal y noblemente a que mis queridos paisanos procuren, con los recuerdos que trago a su memoria, y con el entusiasmo que en ellos puede despertar el amor del país, evitar que se pierda para siempre lo que nos distingue y lo que, en medio de la marcha de la civilización, nos da carácter y verdadera fisonomía”.

4. CONCLUSIONES

A lo largo de estas líneas hemos advertido claramente la vinculación de la obra literaria de Blanco y García con sus ideas políticas, y como éstas reciben mejor expresión a través de su novela. El regionalismo, como teoría política que tanto entusiasmaba a don Andrés Blanco, empezó a tener importancia durante los gobiernos liberales del siglo XIX, donde se reconocía en la gestión del territorio la base de la administración interior, cosa que en germen podía verse ya en la constitución de 1812. Desde 1847 se trató de organizar el Estado siguiendo un modelo regional, y a comienzos del siglo XX se dio el importante proyecto de ley de Maura de 1903 relativo a la administración local. Paralelamente, florecieron en lo jurídico estudios que crearon doctrina y plantearon las posibilidades de autogestión económica y restricción del poder fiscal del Estado, defendiendo una clara tendencia a la autoadministración. En el horizonte político se empezaba a mirar poco a poco más allá del regionalismo, para empezar hablar del federalismo y, en última instancia, del nacionalismo⁸. Pero a este punto nunca llegó Blanco y García. Para nuestro autor el costumbrismo literario fue su mejor aliado como medio para defender las singularidades regionales, concebidas siempre como parte integrante de la nación española. ¿Por qué no iba a ser así? Al fin y al cabo, el costumbrismo se encontraba muy arraigado y lo cultivaban los mejores escritores de la ciudad. El género tuvo en verdad una larga pervivencia en Murcia, aunque no siempre con la exhaustividad y potencia descriptiva que se observa en Andrés Blanco y en los escritores del cambio de siglo. La concepción de lo que se entendía como esencialmente murciano, la comprensión de tradición y costumbre como elementos conformadores de una comunidad bien definida dentro del territorio español, todo ello, pervive mucho tiempo después de Blanco y García. Todavía se percibe la idealización de lo murciano a mediados del siglo XX, por ejemplo en la novela *El Palmeral* de Antonio Segado del Olmo. Hasta *Literatura de Evasión*, de Manuel Fernández-Delgado Marín-Baldo no se observa el conflicto entre lo viejo y lo nuevo, entre tradición y modernidad, en donde la modernidad no sea simplemente una innovación disolven-

8 Vid. el todavía muy útil art. “regionalismo”, EUI Espasa-Calpe, vol. L, Madrid 1923, 183-204.

te y peligrosa, sino una alternativa a tener en cuenta. En fecha tan tardía como el año 1981, todavía se escribe: “El murciano *es como es* porque una serie de factores –*clima, costumbres, recuerdos, paisaje...*– configuran su vida”⁹.

5. OBRAS CITADAS DE ANDRÉS BLANCO Y GARCÍA

- *Composiciones literarias premiadas*, Murcia 1884.
- *Infortunio*, Murcia 1891.
- *Escenas murcianas. Apuntes para cuadros de costumbres y tipos de Murcia y de su huerta y campo*, Murcia 1893.
- *Flores Murcianas*, Murcia 1898.
- *Notas discordantes*, Murcia 1898.
- *Estudios y pasatiempos*, Murcia 1901.
- *El triunfo del Ave María*, Murcia 1902.
- *Huertanos y franceses*, Murcia 1902.
- *El tesoro de la reina*, Murcia 1903.
- *Grandezas del pasado*, Murcia 1905.

⁹ Son palabras de A. Crespo, *Las novelas sobre Murcia*, Murcia 1981, 24, la cursiva es mía; sobre *El Palmeral*, pp. 28 y ss.; sobre *Literatura de Evasión*, 28 y ss.

